

Cuento de Navidad

DOCO a poco, uno tras otro, fueron marchándose todos los señores de la tertulia del casino. Cogían sus abrigos, sus gabardinas, sus bufandas, y se iban. Se iban a sus casas. Era el día de Nochebuena y tenían que regresar temprano a sus hogares. Ya no quedaba más que un cortertulio con don Carlos.

Don Carlos no era ni viejo ni joven. Cuarenta años; soltero; vivía solo. Tenía alquiladas dos habitaciones en aquella capital de tercer orden en cuya Delegación de Hacienda estaba destinado.

—Las nueve y media—dijo el amigo de don Carlos mirando el reloj—. Habrá que marcharse.

De pronto, alguien golpeó desde la calle los cristales de la ventana. Era una niña, una preciosa niña rubia de cinco o seis años. A su lado, una señora joven, arrebujada en abrigo de pieles, sonreía. El cortertulio de don Carlos se levantó y abrió la ventana. La niña le echó los brazos al cuello y le dió un beso en la mejilla.

—Papá, vente con nosotras. Vamos a ver los juguetes. ¿Te esperamos?

—Sí, sí, ahora mismo voy.

Aquel señor se puso el abrigo y el sombrero y se marchó después de decir a don Carlos:

—Felices Pascuas.

Y don Carlos se quedó solo en la habitación del casino, arrimado al brasero, hundido en el cómodo butacón.

El brasero apenas calentaba. El funcionario de Hacienda, en el silencio y en la penumbra de la salita, miraba hacia la calle a través de los cristales que la chiquilla había golpeado reclamando a su padre. Le parecía estar oyendo aún su vocécita. El también quisiera tener una niña así. Y una mujercita cariñosa que le estuviera esperando en aquel momento.

Pero don Carlos era soltero. ¿Por qué no se habría casado? En su casa nadie le esperaba. De un restaurante cercano le subían la cena todas las noches. Acostumbraba a cenar solo. Aquella noche también.

El brasero estaba ya casi apagado. En la sala hacía frío.

Don Carlos, hundido en el sillón, con la cabeza apoyada en el respaldo miraba hacia la calle contemplando la gente que pasaba. En el escaparate de enfrente había muchos juguetes y un letrero grande que decía: «Niños, los Reyes Magos pasan antes por aquí». Estas palabras atrajeron pronto la atención del solterón. ¿Qué le importaría a él que los Reyes Magos pasasen antes por allí? No, no le importaba, pero una gran melancolía le iba llenando el alma len-

tamente cada vez que sus ojos se posaban en los juguetes y en el letrero.

¿Por qué don Carlos no estaba casado aún? Antes había tenido otras ideas, pero ahora empezaba a pesarle su soltería. Reflexionó sobre su vida rutinaria. De la oficina al casino y del casino a la oficina. Tenía buenos amigos y buena salud. Vivía bien, y sin preocupaciones. Todos le decían que sabía vivir, que «entendía» la vida.

Don Carlos acabó por ponerse triste del todo. Aquella pequeña graciosa... su voz cantarina... aquellos bracitos rodeando el cuello de su amigo... No; no existía en el mundo ninguna niña que corriese hacia él para besarle con alegría al verle en la calle. Echaba de menos, ahora lo comprendía, unas caricias infantiles. Y los brazos suaves y dulces de una esposa, unos brazos cariñosos que nada tuviesen que ver con los brazos mercenarios de una mujer de ocasión.

Interrumpió sus meditaciones un camarero que entró en la salita y se dirigió a don Carlos:

—Son las diez y vamos a cerrar. Como es Nochebuena...

Le echaban, sí, le echaban. También los camareros tenían sus hogares y querían irse temprano a cenar.

Don Carlos se levantó y se puso el abrigo, el último que quedaba en la percha. Al pasar junto a la cabina del teléfono se le acercó un botones a decirle:

—Le han llamado a usted por teléfono. Yo había salido y no pude recoger el recado. El botones nuevo no sabía que usted estaba en la sala.

¿Quién le habría llamado? Don Carlos se quedó muy preocupado con la llamada telefónica, cuya procedencia no consiguió averiguar. Al salir a la calle le felicitó el portero:

—Felices Pascuas, don Carlos.

—Felices Pascuas.

Caminaba ahora hacia su casa. Un amigo le paró un breve instante para darle la mano:

—Felices Pascuas, don Carlos.

—Felices Pascuas.

¿Por qué le desearían felices Pascuas, Dios mío? ¿No sabían que vivía solo, que cenaría solo y triste aquella noche? Quizá no lo supiesen y en atención a esto les perdonaba la felicitación. Pero ya le irritaba que le desearan felices Pascuas. Le parecía una burla. Tres años hacía de la muerte de su madre y desde entonces pasaba solo la Nochebuena.

¿Pero quién le llamaría por teléfono? ¿Sería acaso Lolita, una chica que él había acompañado aquellos días? ¿O sería Luis, su buen amigo Luis? ¿Tal vez alguno de sus compañeros de oficina?

Sí; ahora se daba cuenta del motivo de la llamada telefónica. No cabía la menor duda. Alguno de sus amigos íntimos — todos casados — le llamaba para invitarle a cenar en su casa. Era natural. Sabían que no tenía familia. Indudablemente era un rasgo de amistad, de noble amistad. ¿Pero cual de sus amigos quería invitarle? El no iba a presentarse en casa de ninguno con esta duda. Pensaba referirle a

los botones del casino por haber frustrado la generosa intención con que le habían llamado.

Llegó a su piso. Sobre la mesa ya tenía puesta la cena, tapada con unos platos. Los manjares estaban fríos. Al parecer, el camarero del restaurante de al lado, que siempre esperaba su llegada para subirle la cena, aquella noche había tenido prisa. Era natural. También le estarían esperando en su casa su mujer y sus hijos. Había que tener paciencia y tomar fría la cena.

Pero siempre era consuelo saber que alguien se había acordado de él para invitarle a cenar. Seguramente a la mañana siguiente, día de Navidad, su amigo le volvería a llamar para llevarle a comer a su casa.

.....

Cuando a la mañana siguiente pasó don Carlos por la acera del café Ideal, su dueño, que estaba en la puerta, le llamó para decirle:

—Don Carlos, aquí se dejó usted olvidado el paraguas el otro día. Por cierto que le llamamos al casino ayer tarde para decirse lo y usted no estaba.

.....

A los tres meses de tal Nochebuena, don Carlos Rodríguez Valladares, Jefe de Negociado de 1.ª clase del Cuerpo Técnico de Administración de la Hacienda Pública, se casaba con una compañera de oficina. Se había declarado el día de Reyes; cuando ella menos lo esperaba, mejor dicho, cuando ella ya desesperaba de conseguirlo. Enhorabuena.

FERNANDO VILLALBA DIEGUEZ

ACORDE LIRICO

IV

—¿Te acuerdas, Luz?..

«¿Cómo será el Infierno?», me preguntaste un día, y yo que por ti tanto he sufrido en esta vida, de súbito te dije: ¡Como tú!

PEDRO ROMERO MENDOZA